

# *La puerta de bronce*



El hombrecillo procedía de la costa de Calabar o de Papuasias o de Tongatabu, de algún lugar remoto de este tipo. Un constructor de imperios, con arrugas en las sienes, delgado y amarillo, y ligeramente borracho en el bar del club. Y llevaba una descolorida corbata de universidad, que probablemente había guardado durante años en una caja de latón para que los ciempiés no se la comiesen<sup>1</sup>.

Míster Sutton-Cornish no le conocía, al menos entonces, pero sí conocía la corbata, porque era la de su propia universidad. Así pues, habló tímidamente al hombre, y el hombre le habló, ya que estaba un poco borracho y no conocía a nadie. Bebieron y hablaron de la vieja universidad, a la manera remota y peculiar de los ingleses, sin presentarse siquiera, pero amistosamente en el fondo.

Fue algo muy excitante para míster Sutton-Cornish, pues nadie le hablaba nunca en el club, salvo los criados. Era un hombre demasiado frustrado, demasiado introvertido, y no hay por qué hablar con la gente en los clubes de Londres. Para esto se hicieron<sup>2</sup>.

Míster Sutton-Cornish llegó a su casa a la hora del té, con la lengua un poco estropajosa por primera vez en quince años. Se sentó un tanto confuso en el cuarto de estar del piso alto, sosteniendo su taza de té tibio y dando vueltas en su mente a la cara de aquel hombre, ima-

ginándola más joven y más llena, sobre un cuello de Eton o bajo una gorra escolar de *cricket*<sup>3</sup>.

De pronto dio en el clavo y rió entre dientes. Algo que tampoco había hecho desde hacía bastantes años.

—Llewellyn, querida —dijo—. El menor de los Llewellyn. Tenía un hermano mayor. Le mataron en la guerra, sirviendo en la artillería de campaña.

Mistress Sutton-Cornish le miró inexpresivamente por encima de la bordada funda de la tetera. Sus ojos castaños eran mates, desdeñosos, del color de las castañas secas, no de las tiernas. El resto de su cara grande parecía gris. La tarde de finales de octubre era gris, y también lo eran las pesadas y largas cortinas, con iniciales bordadas, que cubrían las ventanas. Incluso los antepasados que pendían de las paredes eran grises; todos ellos, salvo el malo, el general.

La risita se extinguió en la garganta de m<sup>í</sup>ster Sutton-Cornish, por efecto de aquella larga mirada gris. Entonces se estremeció un poco, y como no estaba muy sereno, le tembló violentamente la mano. Derramó su té sobre la alfombra, casi delicadamente, incluida la taza.

—¡Maldita sea! —dijo, con voz pastosa—. Lo siento, querida. Menos mal que no ha caído en los pantalones. Pero lo siento muchísimo, querida.

Durante un minuto largo, mistress Sutton-Cornish no hizo más ruido que el de una mujer gorda al respirar. De pronto, todo empezó a tintinear en ella, a tintinear y susurrar y chirriar. Producía ruidos extraños, como una casa encantada; pero m<sup>í</sup>ster Sutton-Cornish se estremeció, porque sabía que su mujer estaba temblando de rabia.

—¡A-a-ah! —jadeó ella despacio, muy despacio, después de un largo rato, con su aire de oficial de un pelotón de ejecución—. ¡A-a-ah! ¿Ebrio, James?

Algo rebulló de pronto a sus pies. Teddy, el perro de Pomerania, dejó de roncar y levantó la cabeza, oliendo

sangre. Lanzó un breve y seco ladrido, como un disparo, y se puso en pie tambaleándose. Sus saltones ojos castaños observaron a míster Sutton-Cornish con malignidad.

—Será mejor que toque el timbre, querida —dijo humildemente míster Sutton-Cornish, y se levantó—. ¿No crees?

Ella no le respondió. En cambio, habló suavemente a Teddy. Una suavidad dulzona, un poco sádica.

—Teddy —dijo dulcemente—. Mira a ese hombre. Mira a ese hombre, Teddy.

Míster Sutton-Cornish dijo con voz espesa:

—No dejes que me muerda, querida. No dejes que me muerda, por favor, querida.

No hubo respuesta. Teddy se apercibió y miró de reojo. Míster Sutton-Cornish desvió la mirada y contempló a su antepasado malo, el general. Este lucía guerrera escarlata con una banda azul cruzada en diagonal sobre ella, como una barra siniestra. Tenía la tez vinosa que solían tener los generales en sus tiempos. Exhibía una gran cantidad de ricas condecoraciones y tenía la mirada insolente del pecador contumaz. El general no era una humilde violeta. Había destrozado más hogares que duelos había celebrado; se había batido en más duelos que batallas había ganado, y había ganado muchas batallas.

Míster Sutton-Cornish cobró nuevo ánimo al contemplar el rostro descarado y surcado de venas del general; se inclinó y cogió un bocadillo triangular de encima de la mesa de té.

—Toma, Teddy —farfulló—. Cógelo, chico, ¡cógelo!

Arrojó el bocadillo. Este cayó delante de las patitas castañas de Teddy. Teddy lo olió lánguidamente y bostezó. A él le servían la comida en plato de porcelana, no se la arrojaban de esta manera. Se deslizó inocentemente hasta el borde de la alfombra y, de pronto, lo mordió, gruñendo.

—¿A la mesa, James? —preguntó pausada y amenazadoramente mistress Sutton-Cornish.

Míster Sutton-Cornish pisó su taza de té. Esta se rompió en añicos de porcelana fina. El hombre se estremeció de nuevo.

Pero debía darse prisa. Se dirigió rápidamente al timbre. Teddy casi le dejó llegar a él, simulando estar muy ocupado con la cenefa de la alfombra. Entonces escuchó un trozo de cenefa y atacó, agachado y sin ruido, deslizándose las patitas como plumas sobre la pelusa de la alfombra. Míster Sutton-Cornish estiraba el brazo para tocar el timbre.

Los menudos y brillantes dientes se hincaron rápida y hábilmente en el botín gris perla. Míster Sutton-Cornish chilló, se giró velozmente... y dio una patada. Su reluciente zapato centelleó bajo la luz gris. Un bulto sedoso y castaño voló por el aire y aterrizó aullando.

Entonces se hizo un silencio indescriptible en la estancia, como el silencio de la pieza más interior de un almacén de artículos congelados, a medianoche.

Teddy gimió una vez, ladinamente, se escurrió con la panza casi tocando el suelo y se metió debajo del sillón de mistress Sutton-Cornish. Las faldas color pardo rojizo se movieron y Teddy asomó despacio la cabeza orlada de seda, la cara de una vieja arpía tocada con un pañuelo.

—Me hizo perder el equilibrio —murmuró míster Sutton-Cornish, apoyándose en la repisa de la chimenea—. No quería..., nunca pretendí...

Mistress Sutton-Cornish se levantó. Se levantó con el aire de una reina llamando a su séquito. Su voz fue como el frío balido de una sirena en un río helado.

—Chinverly —dijo—. Partiré inmediatamente para Chinverly. Ahora mismo. En este instante... ¡Borracho! Asquerosamente borracho a media tarde. Dando patadas a un animalito inofensivo. ¡Malvado! ¡Absolutamente vil! ¡Abre la puerta!

Míster Sutton-Cornish cruzó tambaleándose la habitación y abrió la puerta. Ella salió. Teddy trotó a su lado, el lado más apartado de míster Sutton-Cornish, y por una vez no trató de meterse entre las piernas de ella y hacerla caer al suelo.

Fuera, ella se volvió despacio, como un acorazado en alta mar.

—James —dijo—, ¿tienes algo que decirme?

Él rió entre dientes, por puro nerviosismo.

Ella le miró furiosamente, se volvió de nuevo y le dijo por encima del hombro:

—Esto es el fin, James. El fin de nuestro matrimonio.

—Dios mío, querida..., ¿estamos casados? —dijo lúgubrementemente míster Sutton-Cornish.

Ella iba a volverse otra vez, pero no lo hizo. Un ruido como de alguien que está siendo estrangulado en una mazmorra brotó de su garganta. Después echó a andar de nuevo.

La puerta de la estancia quedó abierta como una boca paralizada. Míster Sutton-Cornish se quedó plantado en el interior, escuchando. No se movió hasta que oyó ruido de pasos en el piso de arriba, unas pisadas fuertes, las de ella. Entonces se deslizó escalera abajo, entró en su largo y estrecho estudio, junto al vestíbulo, y la emprendió con el whisky.

Apenas advirtió los ruidos de la partida: el equipaje al ser bajado, voces, el zumbido del gran automóvil delante de la casa, más voces, el último ladrido de la vieja y metálica garganta de Teddy. Se hizo en la casa un silencio completo. Los muebles parecían observar, burlones. Fuera, se habían encendido los faroles entre una débil niebla. Los taxis hacían sonar sus cláxones en la calle mojada. El fuego se extinguía en el hogar.

Míster Sutton-Cornish se quedó de pie ante la chimenea, tambaleándose un poco, mirando su cara larga y gris en el espejo de la pared.

—Demos un corto paseo —murmuró irónicamente—. Tú y yo. Nunca ha habido nadie más, ¿verdad?

Salió al vestíbulo sin que Collins, el mayordomo, le oyese. Se puso la bufanda, el abrigo y el sombrero, cogió el bastón y los guantes, y salió sin hacer ruido hacia la tarde crepuscular.

Se detuvo un momento al pie de la escalinata y miró hacia arriba. Grinling Crescent, 14.

La casa de su padre, la casa de su abuelo, la casa de su bisabuelo. Era cuanto le quedaba. Lo demás era de ella. Incluso la ropa que llevaba, incluso el dinero de su cuenta bancaria. Pero la casa era todavía suya..., al menos de nombre.

Cuatro escalones blancos, inmaculados como el alma de las vírgenes, subían hasta la puerta de gruesos paneles, de color verde manzana, pintada al estilo de muchos años atrás, en la era del ocio. Tenía una aldaba de bronce, un pestillo sobre el tirador y uno de esos timbres que había que hacer girar, en vez de apretar o tirar de ellos, y que sonaban al otro lado de la puerta, cosa bastante ridícula para quien no estuviese acostumbrado.

Se volvió y miró hacia el otro lado de la calle, hacia el pequeño parque cercado y siempre cerrado donde, los días de sol, los repulidos niños de Grinling Crescent paseaban por bien cuidados senderos, alrededor del pequeño estanque ornamental, junto a los rododendros, de la mano de sus niñeras.

Miró todo esto con cierta nostalgia; después irguió los delgados hombros y echó a andar, sumiéndose en el crepúsculo, pensando en Nairobi y en Papuasias y en Tongatabu, y en el hombre de la descolorida corbata universitaria, que ahora regresaría allí, fuese donde fuese, y yacería despierto en la selva, pensando en Londres.



—¿Coche, señor?

Míster Sutton-Cornish se detuvo, se quedó plantado en el bordillo y miró. La voz venía de arriba, una de esas voces enronquecidas por el viento, resignadas, que actualmente no se oyen a menudo. Venía del pescante de un Hansom de alquiler.

El coche había salido de la oscuridad, traqueteando suavemente por la calle sobre sus altas ruedas con llantas de caucho, marcando las herraduras del caballo un ritmo lento y regular que míster Sutton-Cornish no advirtió hasta que le llamó el cochero.

Todo parecía bastante real. El caballo llevaba anteojeras negras y gastadas, y tenía el aire satisfecho aunque un tanto arruinado característico de los caballos de coches de alquiler. Las portezuelas del simón estaban plegadas hacia atrás y míster Sutton-Cornish pudo ver la tapicería gris acolchada del interior. Las largas riendas estaban agrietadas, y siguiéndolas con la mirada hasta arriba, pudo ver al rollizo cochero, el «sombbrero de copa» de ala ancha propio de los de su oficio, los grandes botones de la parte superior de su gabán y la gastada manta que envolvía la parte inferior de su cuerpo. El hombre sostenía ligera y delicadamente el largo látigo, como correspondía a un cochero de punto.

Lo malo era que ya no había coches de esta clase.

Míster Sutton-Cornish tragó saliva, se quitó un guante y tocó la rueda. Estaba fría, dura, mojada por el fino barro de las calles de la ciudad.

—No creo haber visto uno de estos coches después de la guerra —dijo en voz alta y firme.

—¿Qué guerra, jefe?

Míster Sutton-Cornish se estremeció. Tocó de nuevo la rueda. Después sonrió y, lenta y cuidadosamente, volvió a calzarse el guante.

—Voy a subir —dijo.

—Quieto, Prince —jadeó el cochero.

El caballo agitó desdeñosamente la larga cola. Mira que decirle *a él* que se estuviese quieto... Míster Sutton-Cornish subió apoyando el pie en la rueda, con bastante torpeza, porque había perdido la costumbre después de tantos años. Cerró la portezuela y se retrepó en el asiento, respirando el agradable olor a guadarnés.

Se abrió la trampilla sobre su cabeza, y la abultada nariz y los ojos alcohólicos del cochero plasmaron una imagen inverosímil en la abertura, como la de un pez de aguas profundas mirando a través de la pared de cristal de un acuario.

—¿Adónde, jefe?

—Pues... a Soho.

Era el lugar más exótico que se le ocurrió..., para un coche de punto.

Los ojos del cochero le miraron fijamente.

—Aquello no le gustará, jefe. Demasiados latinos.

—No hace falta que me guste —dijo secamente míster Sutton-Cornish.

—Ya —dijo el hombre—. Soho. Por ejemplo, Wardour Street. Allá vamos, jefe.

La trampilla se cerró, el látigo restalló delicadamente junto a la oreja derecha del caballo, y el coche se puso en movimiento.

Míster Sutton-Cornish permaneció completamente inmóvil, con la bufanda ceñida a su delgado cuello, el

bastón entre las rodillas y las enguantadas manos cerradas sobre el puño del bastón. Miró en silencio la niebla, como un almirante sobre el puente. El caballo salió al trote de Grinling Crescent, cruzó Belgrave Square, pasó por Whitehall, subió a Trafalgar Square y siguió hacia St. Martin's Lane.

No iba aprisa ni despacio, sino tan de prisa como cualquier otro vehículo. Avanzaba sin ruido, salvo el *clop-clop* del caballo, a través de un mundo que apeataba a vapores de gasolina y de aceite quemado, estremecido por silbatos y toques de bocina.

Nadie parecía advertirlo, y nada parecía concordar con el simón. «Esto era bastante sorprendente», pensó míster Sutton-Cornish. Pero a fin de cuentas, un Hansom no tenía nada que ver con aquel mundo. Era un fantasma, un realce del tiempo, el primer escrito de un palimpsesto, revelado por la luz ultravioleta en una habitación a oscuras.

—Ya sé —dijo, hablando a la grupa del caballo, porque no había nadie con quien hablar—, a un hombre pueden ocurrirle cosas, con tal que permita que sucedan.

El largo látigo restalló junto a la oreja de Prince, con la misma ligereza de una mosca de pescar truchas en un pequeño y oscuro remanso debajo de una roca.

—Siempre ha sido igual —añadió, malhumorado.

El simón se detuvo junto a un bordillo y la trampilla se abrió de nuevo.

—Bueno, ya hemos llegado, jefe. ¿Qué me dice de esos pequeños restaurantes franceses donde se come por dieciocho peniques? Seis platos de nada en absoluto. Usted me invita a una comida, yo le invito a otra, y los dos nos quedamos con hambre. ¿Qué le parece?

Una mano muy fría se cerró sobre el corazón de míster Sutton-Cornish. ¿Comidas de seis platos por dieciocho peniques? Un cochero de punto que decía: «¿Qué guerra, jefe?». Tal vez veinte años atrás...

—¡Déjeme aquí! —dijo con voz chillona.

Abrió la portezuela, tendió el dinero a la cara asomada a la trampilla y saltó sobre la rueda a la acera.

Sin llegar a correr, caminó rápidamente y casi escabulléndose, arrimado a una oscura pared. Pero nadie ni nada le seguía, ni siquiera el repiqueteo de los cascos del caballo. Dobló una esquina y entró en una calle estrecha y llena de gente.

Salía luz de la puerta abierta de una tienda. «Curiosidades y Antigüedades» rezaba un rótulo en la fachada, con letras que habían sido doradas y de recargado estilo gótico. Había un foco en la acera para llamar la atención, y esta luz le permitió leer el rótulo. La voz procedía del interior, y era de un hombre bajito y rollizo, encaramado en una tarima, que salmodiaba sobre las cabezas de un grupo indiferente de hombres silenciosos, aburridos y de aspecto extranjero. La voz cantarina tenía un matiz de cansancio y de futilidad.

—Y ahora, ¿qué ofrecen caballeros? ¿Qué ofrecen por esta magnífica muestra de arte oriental? Partiremos de una libra, caballeros. Un billete de una libra de este reino. ¿Quién da una libra, caballeros? ¿Quién da una libra?

Nadie dijo nada. El hombrecillo de la tarima meneó la cabeza, se enjugó la cara con un pañuelo sucio y lanzó un largo suspiro. Entonces vio a míster Sutton-Cornish en un extremo de la pequeña aglomeración.

—¿Qué dice usted, señor? —le incitó—. Por su aspecto, apostaría a que posee una casa en el campo. Ahora bien, esa puerta es indicadísima para una casa de campo. ¿Qué le parece, señor? Haga una primera oferta, se lo ruego.

Míster Sutton-Cornish pestañeó.

—¿Eh? ¿Qué significa esto? —saltó.

Los mirones sonrieron débilmente y hablaron entre ellos sin mover los gruesos labios.

—No lo tome como una ofensa, caballero —gorjeó el subastador—. Pero si tiene una casa en el campo, esa puerta podría serle muy útil.

Míster Sutton-Cornish volvió lentamente la cabeza, siguiendo el dedo del subastador, y vio por primera vez la puerta de bronce.

Estaba cerca de la pared de la izquierda de la tienda casi vacía. Se mantenía sobre su propia base, a unos tres palmos de la pared. Era una puerta de doble hoja, visiblemente de bronce forjado, aunque esto parecía imposible a juzgar por su tamaño. Había en ella una prolija e intrincada inscripción árabe en relieve, una historia interminable que carecía aquí de oyentes, una procesión de curvas y tildes que podía expresar cualquier cosa, desde una antología del Corán hasta el reglamento de un harén bien organizado<sup>4</sup>.

Las dos hojas eran solamente parte de la puerta. Esta tenía una base ancha y pesada, y una superestructura rematada por un arco morisco. Cerca de la juntura de las dos hojas, una llave enorme sobresalía del ojo enorme de la cerradura, la clase de llave que solían llevar los carceleros medievales junto con otras muchas, repiqueteando colgadas de un cinturón de cuero. Una llave de «El Alabardero de Palacio», una llave de opereta<sup>5</sup>.

—¡Oh..., eso! —dijo míster Sutton-Cornish, en medio del silencio general—. Bueno, en realidad... creo que no me interesa, ¿sabe?

El subastador suspiró. Probablemente no la habría vendido aunque hubiese sido más pequeña, pero al menos merecía un suspiro. Entonces levantó algo que podía

haber sido de marfil tallado, pero no lo era; lo contempló con aire pesimista y rompió de nuevo a hablar.

—Bueno, caballeros, tengo en mi mano uno de los más bellos ejemplares de...

Míster Sutton-Cornish sonrió débilmente y se deslizó entre el grupo de hombres hasta acercarse a la puerta de bronce.

Se plantó delante de ella apoyado en su bastón, que era de piel de rinoceronte pulida y enrollada sobre una varilla de acero; era de color de caoba, mate, e incluso un hombre de mucho peso podía apoyarse en él. Al cabo de un rato, alargó distraídamente una mano e hizo girar la llave. Esta se resistió, pero al fin giró. A su lado, una anilla hacía las veces de tirador. La hizo girar también y abrió una de las hojas de la puerta.

Se irguió y, con gracioso y vano ademán, introdujo el bastón en la abertura. Y entonces, por segunda vez aquella tarde, le ocurrió algo increíble.

Miró rápidamente a su alrededor. Nadie le prestaba atención. La subasta proseguía inútilmente. Los hombres silenciosos se alejaban perdiéndose en la noche. En una pausa, sonaron martillazos en la trastienda. El rollizo y pequeño subastador parecía cada vez más afligido.

Míster Sutton-Cornish contempló su mano enguantada. No había nada en ella. Se hizo a un lado y miró detrás de la puerta. No había ningún bastón sobre el suelo polvoriento.

No había sentido nada. Nada le había tocado. El bastón había pasado en parte a través de la puerta y entonces... había dejado simplemente de existir.

Se agachó y cogió un trozo de papel; hizo rápidamente una bola con él, miró de nuevo hacia atrás y arrojó la bola a través de la abertura de la puerta.

Entonces lanzó un lento suspiro, en lo que cierto pasmo neolítico luchaba con su civilizado asombro. La bola

de papel no cayó al suelo detrás de la puerta. Estando aún en el aire, desapareció del mundo visible.

Míster Sutton-Cornish alargó la mano vacía y, lenta y cuidadosamente, cerró la puerta. Después se quedó plantado allí, lamiéndose los labios.

—Una puerta de harén —dijo al cabo de un rato, en voz muy baja—. La puerta de salida de un harén. Es una idea.

Y además, una buenísima idea. La dama envuelta en sedas, terminada su noche de placer con el sultán, era conducida cortésmente a esa puerta y la cruzaba tranquilamente. Después, nada. Ni sollozos en la noche, ni corazones partidos, ni un negro de ojos crueles y enorme cimitarra, ni un nudo corredizo en una cuerda de seda, ni sangre, ni un sordo chapuzón a medianoche en el Bósforo. Sencillamente, nada. Una fresca, limpia, perfectamente sincronizada y absolutamente irrevocable desaparición de la existencia. Alguien cerraría la puerta y retiraría la nave y, de momento, esto sería todo.

Míster Sutton-Cornish no advirtió que se vaciaba la tienda. Oyó débilmente que se cerraba la puerta de la calle, pero no le dio importancia. El martilleo se interrumpió un momento en la trastienda, y sonaron unas voces. Entonces se acercaron unos pasos. Eran pasos cansados en el silencio, los pasos de un hombre harto de la jornada y de muchos días como aquel. Una voz habló a la altura del codo de míster Sutton-Cornish, una voz de final de jornada.

—Una bella obra de arte, señor. Se aparta un poco de mi especialidad... si he de serle sincero.

Míster Sutton-Cornish no le miró todavía.

—Se aparta un poco de la especialidad de cualquiera —dijo gravemente.

—Veo que a fin de cuentas le interesa, señor.

Míster Sutton-Cornish volvió lentamente la cabeza. En el suelo, apeado de su tarima, el subastador no era



más que una pizca de hombre. Un hombrecillo zarrapastroso, amorfo, de ojos enrojecidos, para quien la vida no había sido un camino de rosas.

—Sí, pero ¿qué se puede *hacer* con ella? —dijo míster Sutton-Cornish, con voz todavía gutural.

El subastador le dirigió una rápida mirada calculadora, se encogió de hombros y renunció. Se sentó sobre una caja vacía, encendió un cigarrillo y se sumió, adormilado, en su vida privada.

—¿Cuánto pide por ella? —preguntó de pronto míster Sutton-Cornish—. ¿Cuánto pide por ella, míster...?

—Skim, señor. Josiah Skimp. Bueno, ¿veinte libras, señor? Solo el bronce ya las vale, prescindiendo del trabajo artístico.

Los ojos del hombrecillo brillaban de nuevo. Míster Sutton-Cornish asintió distraídamente con la cabeza.

—No entiendo mucho de eso —dijo.

—Hay mucho bronce, señor. —Míster Skimp se levantó de un salto, se acercó, abrió una hoja de la puerta y farfulló—. Ni siquiera sé cómo llegó aquí. Una puerta para gigantes. No para pequeñajos como yo. Mire, señor.

Desde luego, míster Sutton-Cornish tuvo un horrible presentimiento. Pero no hizo nada. No podía. La lengua se le había pegado a la garganta y sus piernas parecían de hielo. El cómico contraste entre la enormidad de la puerta y su propio cuerpecillo parecía divertir a míster Skimp. Su carita redonda esbozó una sonrisa. Entonces levantó un pie y saltó.

Míster Sutton-Cornish le miró... mientras hubo algo que mirar. En realidad, estuvo mirando mucho tiempo. El martilleo de la trastienda pareció atronar en el silencio.

Una vez más, después de un largo rato, míster Sutton-Cornish se inclinó y cerró la puerta. Esta vez hizo girar la llave, la sacó y se la metió en el bolsillo de su abrigo.

—Tengo que hacer algo —murmuró—. Tengo que... No puedo dejar que esa cosa...

Su voz se extinguió y él se estremeció violentamente, como sintiendo una fuerte punzada de dolor. Después se rió en voz alta, fuera de tono. Una risa que no era natural. Ni muy agradable.

—Eso ha sido una bestialidad —murmuró en voz muy baja—. Pero resulta asombrosamente gracioso.

Todavía estaba allí inmóvil cuando un joven pálido que empuñaba un martillo apareció a su lado.

—Míster Skimp se habrá marchado, señor... ¿Le ha visto usted salir? Tenemos que cerrar, señor.

Míster Sutton-Cornish no miró al pálido joven del martillo. Con lengua estropajosa, dijo:

—Sí... Míster Skimp... se ha marchado.

El joven empezó a volverse. Míster Sutton-Cornish le detuvo con un ademán.

—He comprado esa puerta a míster Skimp —dijo—. Por veinte libras. ¿Quiere usted coger el dinero... y mi tarjeta?

El pálido joven resplandeció, satisfecho de intervenir personalmente en una venta. Míster Sutton-Cornish sacó su cartera y extrajo de ella cuatro billetes de cinco libras y también una tarjeta de visita. Escribió en la tarjeta, con un pequeño lápiz de oro. Su mano estaba sorprendentemente firme.

—Grinling Crescent, número catorce —dijo—. Envié-mela mañana sin falta. Es... es muy pesada. Pagaré el transporte, desde luego. Míster Skimp cuidará de...

Su voz se extinguió de nuevo. Míster Skimp no cuidaría de nada.

—Oh, está bien, señor. Míster Skimp es tío mío.

—¡Ah...! Esto es..., bueno, quiero decir que tome estos diez chelines para usted, ¿de acuerdo?

Míster Sutton-Cornish salió rápidamente de la tienda, apretando con la mano derecha la llave en su bolsillo.

Un taxi corriente le llevó a su casa para cenar. Comió solo..., después de tomarse tres whiskys. Pero no estaba tan solo como parecía. No volvería a estarlo nunca.